

JUAN ABREU
El pájaro

bokeh * 

© Juan Abreu, 2017

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2017

© Bokeh, 2017

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-91515-78-1

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

1.

Matarse no es distanciarse de los seres humanos, es acercarse a ellos.

Llego a esta conclusión justo a tiempo. Me saco el arma de la boca.

Es magnífico haber arribado a esta gran verdad.

Experimento un extraordinario sosiego.

Ahora puedo llamar a Z.

Estoy sentado a los pies de la cama. Frente a la ventana. Por la ventana penetra una agradable brisa. La habitación huele a cosas pulidas: metales, cemento, plástico. Madera barnizada. Las cortinas son blancas, porosas.

Afuera, en el jardín, el sol centellea.

Una cría de estornino abre el pico, mientras sigue a sus padres, que hurgan en el césped.

Cien mil seres humanos se matan cada año en Europa. Un millón en todo el mundo.

Es la cúspide de la humanización.

Vuelvo a meter el arma en el cajón.

Marco el número de Z.

—¿Por fin te has decidido? —exclama Z.

—Sí.

2.

Vivo en un pueblo pequeño, en las afueras de la ciudad. Un lugar agradable, tranquilo. Compré la propiedad hace muchos

años, cuando no había que ser muy rico o endeudarse monstruosamente para vivir en un lugar como este. Casas con jardines y árboles. Calles sombreadas, solitarias. No conozco a mis vecinos.

Mi casa está en la cima de una colina. La cerca, sepultada por las buganvillas, el jazmín, la hiedra. En primavera todo se cubre de flores. Desde la ventana veo porciones de tejados, entre los árboles. Colinas azules en la distancia. Bosques.

Algunos inviernos, hacia el norte, montañas nevadas.

De noche, en la distancia, el resplandor de la ciudad tiñe de amarillo las nubes bajas.

Hace tiempo fui escritor. Ganaba mucho dinero escribiendo historias estúpidas. La gente quiere historias cada vez más estúpidas. Ya no se lee otra cosa. Me tradujeron a todas las lenguas del mundo. La gente quería historias cada vez más estúpidas en todas partes. Lo único que cambiaba era el idioma. Pero la estupidez siempre tenía que ser la misma. En otro caso, el libro no se vendía. Si existe algo genuinamente universal, es la estupidez.

Gané mucho dinero y me instalé aquí.

Gracias a mi habilidad para escribir historias estúpidas vivo en este lugar tan agradable. Y luego hay quien dice que la estupidez no da frutos.

Pero pasaron los años. Y llegó el momento en que no toleraba las estupideces que escribía.

Ya no necesitaba trabajar. Lo dejé.

El mundo está lleno de dementes que no pueden vivir sin trabajar. Yo no soy uno de ellos.

Me dediqué al jardín. Adoro las plantas. Son verdes, no hablan.

Paso horas sentado bajo la mimosa. Desyerbando el huerto. Mirando las babosas. Riego el rosal, los pensamientos, las abelias, las margaritas, las verónicas, las azucenas. Leo. Me gusta leer. Disfruto del zumbido de los abejorros, del canto de los pájaros.

Escucho música. Me gusta cierta música. Voy a echar de menos los libros y la música. Es lo único que echaré de menos.

Hay muchos pájaros en el jardín.

3.

A la mañana siguiente me dirijo a casa de Z.

Z es un gran científico. Un verdadero genio, dicen algunas revistas especializadas. Otras, sin embargo, lo llaman nazi. Enemigo de la Humanidad.

Engendro del Mal, lo llamó cierta vez el Vicario de Dios en la Tierra. Z se divierte mucho con lo que dicen de él las revistas.

Yo creo que Z es un buen tipo, creativo, simpático. Un visionario.

Honrado.

Un poco raro, sí. Pero ¿quién que sea brillante no lo es?

Nos conocimos en la escuela primaria. Nuestros padres compartían la obsesión por las buenas escuelas. Congeniamos desde el primer día. Ya por entonces el aspecto de Z resultaba único.

Aunque no tanto como ahora.

Siempre he sido hábil para pelear. No me importa el dolor. Ni padecerlo, ni causarlo. Esa es la clave para mantener a raya a la manada. Los más inteligentes, los diferentes, lo pasaban mal en la escuela.

La manada tiene la piel gris. Si alguien tiene la piel de otro color hay que castigarlo. Ese es el código de la manada. Z tenía la piel azul, roja, amarilla. Muchas veces tuve que interponerme entre él y la manada.

Eso selló nuestra amistad.

Z vive en la parte alta de la ciudad. Tomo el tren.

Da igual a que parte del mundo uno vaya. Los mismos anuncios, las mismas ropas, los mismos gestos, las mismas películas, los mismos peinados. Los mismos rostros. Los mismos paisajes.

4.

Z me abre la puerta. Es todavía muy joven, unos cuarenta años, nariz larga y aguzada, que recuerda un cuerno. ¿Han visto un narval? Una fotografía, un documental, quiero decir: nadie ha visto un narval.

La nariz amenaza con clavarse en los labios protuberantes, pulposos. Más que labios, morro. ¿Un manatí? Y los gruesos pelos del bigote son sin duda los de un león marino.

Tiene debilidad por las criaturas del mar. Sobre todo por las extinguidas.

Las orejas, sin embargo, son las de un zorro. Y el cabello una tupida crin que forma dos macizos acerados en el centro de la cabeza. En el largo y esbelto cuello, lunares. Y esos grandes y redondos ojos color mandarina.

Hermoso.

Muy hermoso.

—¿Notas el progreso? —exclama en cuanto abre la puerta.

Asiento con la cabeza.

Sonríe.

Es verdaderamente asombroso el talento de Z.

5.

El laboratorio está ubicado en el sótano de la casa. Un sitio enorme, excelentemente equipado. Ingenios de última generación. Ejércitos de nanomáquinas.

–¿Estás seguro?

–Seguro.

–A partir de las dos semanas el proceso es irreversible. Antes de dos semanas podemos detenerlo. Después no. Cuando estés en la Cámara Liberadora, si tocas la gran pantalla roja o sencillamente pronuncias la palabra rojo, te sacaremos. Es la forma en que puedes interrumpir el proceso. Tendrás que firmar algunos papeles. Permanecerás un mes en la Cámara Liberadora. En el fondo, el proceso no es complicado; jugaré un poco con tu código genético. Los nanorobots se encargarán de algunas tareas. Eso será todo. ¿Está claro? Mira a la cámara cuando respondas.

–Muy claro. No me arrepentiré.

–Excelente. Ya sé que no te arrepentirás. ¿Por qué ibas a hacerlo? Mi pregunta, como sabes, es una formalidad impuesta por la Comisión de Especies. No eres el primero ni serás el último en escapar, aunque generalmente la gente prefiere a los mamíferos. Es algo comprensible, naturalmente.

La camilla tiene varios brazos y está conectada a un enorme ordenador. Es muy confortable. Numerosos zumbidos. Cables rojos, azules, negros, amarillos. Relucientes superficies. Por la pantalla desfilan volúmenes, planos fisiológicos, mapas de ADN, huesos, alas, picos que creo identificar como pertenecientes a una urraca. Un mirlo. Un estornino. Un cernícalo, tal vez.

Da igual.

Firmo, sin leerlos, sé perfectamente lo que dicen, los documentos que exoneran a Z de cualquier responsabilidad.

Confío en el genio de mi amigo, y si algo sale mal, ¿qué más da?

6.

Tendido, aguardo a que Z ponga las máquinas a punto.

Estoy tranquilo, mi respiración es profunda y acompasada. No tengo miedo. Experimento una burbujeante ansiedad.

¡Por fin!

He aguardado tanto este momento.

Puedo ver a Z sentado frente a un inmenso panel, una especie de pantalla dúctil y animada. Sus elegantes dedos se mueven por la pantalla a gran velocidad, como si tocaran un instrumento musical o como si acariciara un cuerpo amado.

Todo comienza con unas inyecciones.

Pero no siento dolor.

Antes de dormirme, ¡qué tontería!, recuerdo la casa de mi infancia. Pero podría ser otra. No estoy seguro. Sí, podría ser otra casa. Una casa es una casa.

Dedico una lastimera mirada a mi cuerpo antes de sumergirme en la oscuridad.

7.

Abro los ojos, las paredes bullen. Estoy sumergido. Qué tibio. Respiro un líquido cremoso y cimbreante. ¿Los nanorobots? Todo es agradable, la temperatura, el cosquilleo en mis músculos, en mis huesos, en mi cerebro, la sensación de ligereza, el esponjamiento de mi piel. Me ha crecido la nariz. Puedo verla. Es de color amarillo cadmio. Aunque podría ser un efecto de la luz.

La Cámara Liberadora. Qué nombre tan apropiado. Tiene una tapa transparente que me permite ver el techo del laboratorio. Y en el techo una claraboya y compruebo que es de noche y la noche es una bombilla azul.

No siento molestia alguna.

Al rato, regreso al dulce sopor.

¿Cuántos días llevo aquí?

–Cinco.

Responde una voz dentro de mi cerebro.

8.

Floto en la oscuridad. Podría estar en el espacio exterior. Entre constelaciones. No hay ninguna diferencia entre el estado en que me encuentro y viajar por los espacios infinitos.

Vastedades inabarcables llenas de piedras, de gases, de gigantes colisiones, de estallidos que no significan nada, que nada quieren decir.

Mi cuerpo nunca conocerá esos espacios, pero heme aquí, en ellos. Los espacios son órganos. Ahora podría estar dentro de un hígado. El hígado del Universo. La textura que me rodea es lisa y magenta y por dentro correosa. O podría estar en el aceitoso estómago de un pez. O en el fondo del mar. Millones de toneladas de agua sobre mi cabeza. O en la barriga de mi madre. O en un pozo estelar. O en un buche de semen.

En cualquier caso, son sensaciones agradables. No hay dolor.

A continuación, burbujas. Millones de pinchazos, o eso creo, en el pecho, en la cara, en la planta de los pies. La lengua que crece y se redondea, los párpados pesados.

Y un sabor nudoso en la boca.

9.

Ha transcurrido un mes. Estoy cómodamente instalado en mi habitación.

Z, según lo estipulado en el contrato, se ha ocupado de trasladarme a casa.

–Lo peor ha pasado, como solías decir en tus entretenidos novelones –bromea Z.

Sonrío.

Su tarea ha concluido.

Vendrá en las próximas semanas a monitorear la evolución. Pero lo principal ya está hecho.

La evolución será normal.

Estoy convencido.

Salvo que me siento hinchado y me duelen un poco las articulaciones, no experimento nada extraño.

Varios aparatos se encargan de suministrarme hormonas y otras drogas que contrarrestarán cualquier rechazo de mi sistema inmunológico. Si es que hay rechazos. No los habrá. Hace muchos años que el sistema inmunológico no es ningún problema para este tipo de intervenciones.

A través de la ventana veo el ciprés. Verde, apretado. La mimosa, amarilla, espesa.

¿Cómo me siento? Feliz.

Hace mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

Al fin ha concluido la pesadilla.

10.

Estoy preparando el desayuno. Café con leche, una tostada, una lasca de pavo. Zumo de naranja. Todo de laboratorio, de la mejor calidad.

Una columna de hormigas avanza por la mesa.

Me inclino y las atrapo con la lengua. Que se ha afilado.

¡Cuánto se ha afilado!

Bien.

–Una señal muy positiva.

Eso me dice Z cuando se lo cuento, durante su primera visita.

–Una señal muy positiva.

Su larga nariz-cuerno luce un primoroso tono gris nacarado. Agita los primorosos bigotes de puro entusiasmo, de sano orgullo profesional.

II.

Pasan los días. Mando a levantar una valla más alta alrededor de la propiedad. Una valla sólida, tupida y compacta. Que garantice una absoluta privacidad. Derribarán la vieja, que de todas formas necesitaba alguna reparación.

He ordenado a los obreros, suelen ser vulgares y torpes, que tengan mucho cuidado con el jazmín, las buganvillas, la hiedra.

Los obreros vienen temprano, les tomará una semana levantar la nueva valla. Calculan. Miden. Que esos seres deambulen por mi espacio me produce un profundo malestar, pero he de soportarlo. Observo a los obreros, apostado tras la ventana. Se lo toman con calma. Tengo el menor contacto posible con ellos. El jefe del grupo es grande y tosco. Profiere obscenidades, ríe en voz alta, enseña los dientes manchados. Cabello pajizo. Siento mayor asco que antes cerca de mis congéneres. Qué detestable especie.

Buena señal.

–Buena señal –confirma Z cuando se lo cuento.

Son cuatro los obreros. Van de un lado a otro como engendros dóciles. Fuman. Un hábito asqueroso, afortunadamente casi desaparecido. Les he advertido que no quiero colillas en mi jardín. Me han prometido que las arrojarán en el depósito de basura, en la calle. La brisa trae el hedor del tabaco. Todo lo envilecemos, hasta la brisa. No son de aquí. Pero son de algún sitio. Yo no soy de ninguna parte. Una gran ventaja.

Uno de los obreros es alto, oscuro, de huesos grandes; otro tiene pinta de árabe; al tercero, ecuatoriano tal vez, o puede que rumano, le faltan dos dedos de la mano izquierda. El cuarto es un alambre retorcido. Cuando se agacha a la sombra de los árboles, parece una cucaracha. Mala comparación. Espero que me perdonen las cucarachas.

Los cuatro obreros van aplastados por un peso invisible. Conozco ese peso. Nunca lo he padecido, porque nací arrogante, pero lo conozco. Me basta mirar a alguien para saber si lo padece o no.

No hay nada como nacer arrogante. Te ahorra una enorme cantidad de porquería.

Qué incordio la gente. Siento un malestar físico de tan sólo mirarla. Un malestar que va en aumento.

Buena señal.

Es un pequeño precio a pagar. Cuando concluyan el trabajo aumentará mi tranquilidad.

Paz y privacidad es lo que necesito. Acelerrarán el proceso, asegura Z.

Al séptimo día, terminan.

Viene a cobrar el tipo corpulento. Apesta. Tiene la mirada de un animal quebrado. Resignado. Pago en efectivo. Cuido que mi mano no entre en contacto con la suya. Lanzo los billetes en su extremidad abierta. Hace una mueca satisfecha, muestra los dientes carmelitas. Le asoman unos pelos por la nariz y las orejas. Lleva una gorra pringosa. Una gran mancha de café en la camisa. Cuando abre la boca expele el hedor típico de los fumadores. La nariz tachonada de sebosos puntos negros.

Termina de contar los billetes y me tiende la mano.

¿Pero qué se habrá creído?

Cierro la puerta y corro a vomitar en el fregadero.

En la pantalla, los veo salir.

Por fin.

Ahora la casa es una especie de fortaleza.

Z tiene una copia de mis llaves. De ahora en adelante sólo Z. podrá entrar.

12.

La nueva puerta es metálica. Color caramelo. Está provista de una cámara de vídeo que me permite ver a la gente que pasa por la calle. Desde mi posición, junto a la ventana, puedo abrirla apretando un botón.

Nunca lo hago. Nadie acude a mi puerta. Ya no necesito nada. Sólo esperar un poco.

Almacenado en el sótano, tengo los alimentos que necesitaré las próximas semanas.

He instalado la cámara a instancias de Z. Por si hay una emergencia.

No espero que haya emergencia alguna, pero venía estipulado en los documentos. Todo ha de hacerse legalmente, según las normas. Es lo correcto.

Hay una ranura en la puerta por la que el cartero arroja el correo.

Transcurridos algunos días, el correo forma un creciente montón.

Ayer me acerqué. Un ejército de babosas merodeaban. Se comen el papel.

No toqué nada. ¿Para qué?

13.

Mi vista se ha agudizado considerablemente.

Veo hormigas a veinte metros de distancia. Escarabajos entre el follaje. Larvas en los agujeros de los troncos. A veces voy hasta